

El origen de la fotografía y la masonería

Ahora cuesta creerlo, pero en 1838 muchos sonidos carecían de imágenes. En aquella sociedad –inevitablemente estática– te daban tierra donde habías nacido y, frecuentemente, toda la experiencia personal no rebasaba los límites del valle. Para las gentes de la montaña la mar era tan indescifrable como las cumbres para quienes poblaban las orillas de la costa. Aquello quedaba perfectamente definido en un refrán chino que afirmaba «es mejor ver su rostro que oír su nombre». Y es que, desde los orígenes de la humanidad cualquier concepto que no formara parte de la doméstica más elemental, estaba llamado a ser una palabra huérfana de imagen.

El César o Alfonso X o Inocencio III o Egipto o Nueva España eran sonidos familiares y, a la vez, verdaderos vacíos con tantos rostros o espacios como oyentes; a fin de cuentas, el banco de memoria abarcaba el propio y el del retablo de la parroquia, las esculturas de los humilladeros o el de las efigies acuñadas en los dineros. El rostro del bisabuelo resultaba tan abstracto como las calles de Manila o el volumen de un elefante.

En 1839, primero J. M. Daguerre y luego W. H. F. Talbot sentaron las bases científicas que permitieron detener el tiempo y alumbrar en los sonidos sus imágenes. La fotografía unificó los múltiples rostros posibles de la Reina e Isabel II fue igual para todos y Pío IX o Verdi trasladaron su identidad formal al encuadre de daguerrotipos, tarjetas de visita o de gabinete; Napoleón quedó confinado a los lienzos y las esculturas por un margen tan escaso de 18 años.

El retrato: identidad y espejo

El nacimiento de la fotografía no fue popular; los servicios del nuevo brujo de la tribu –aquel que sabía como detener el tiempo– solo estaban al alcance de una minoría pudiente capaz de afrontar gastos cuantiosos; ello era especialmente relevante en la daguerrotipia, que en sus inicios, podía costar por registro el equivalente a dos meses de emolumentos de un funcionario medio.

A cambio, el operador asentaba la personalidad icónica del retratado a su entera satisfacción y lo unía a aquella primera hornada de seres que pudieron mirarse a sí mismos, tiempo atrás y de-



El hombre anónimo que conocía la batalla de Waterloo tal vez y que acudió a la técnica del daguerrotipo con su regalía de Masón. ARCHIVO LOGIA R. Y CAJAL

Ese fue su retrato y por propia voluntad también el de su signo.

Ignoramos su nombre y su edad...

cir así yo he sido, o éste era el rostro de mi padre. Casi siempre, quien acudía a la galería del daguerrotipista pensaba que esa iba ser la única vez y que el resultado habría de ser el registro singular que fundiría su nombre con su rostro.

Precisábamos de preámbulo tan dilatado para establecer el marco en que evaluar un registro fotográfico –que hemos recibido y ahora atesoramos– a la técnica del daguerrotipo y que guarda memoria de un hombre que acudió al estudio del operador a retratarse decorado con su regalía de Masón; mandil y banda están iluminados a mano con un amarillo que debiera ser oro.

Orgullo y enseñanza

No es tan frecuente que en los inicios de la fotografía alguien uniera a su imagen física un acento espiritual o, al menos, filosófico. Muy especialmente en dicha técnica, en que, al carecer de una matriz negativa, la imagen era única y no múltiple, como permiten las técnicas de negativo y copias. Ese fue su retrato y por propia voluntad también el de su signo. Ignoramos su nombre y su edad, aunque, el

rostro permite conjeturar que, en su infancia, la batalla de Waterloo no le resultó desconocida y que por su mandil y la posición de la babeta, era un Masón con el grado de Maestro. Para nosotros –Masones regulares de la Logia Santiago Ramón y Cajal nº 35, en los Valles de Zaragoza– este registro trasciende los límites de la mera historia de la fotografía, que ha cumplido 175 años en enero de 2014, por que compartimos con el anónimo Hermano su orgullo y las enseñanzas de una Orden, casi tres veces centenaria. Ello nos permite tratar de trasladar aquello que queda velado en el registro, ya que requiere de una Iniciación para trascender lo meramente icónico.

En las numerosas exposiciones que atienden al nacimiento y el uso de la fotografía, los retratos a la daguerrotipia suelen presentar un preciso perfil: los retratados

tienden a exhibir todo aquello que refleje su posición social: su mejor traje, el cabello cuidado y cuanta joyería vestían los hombres del XIX – el reloj y la leontina, el tresillo o el sello, gemelos, empuñaduras de bastón realizadas en nobles materiales o metales preciosos, que frecuentemente el operador resaltaba con la iluminación manual en el registro –militares y jueces acudían con el uniforme de gala o la toga de ceremonias y todas sus condecoraciones.

Las joyas del espíritu

Pese a la norma imperante, este joven eligió trasladar a las generaciones de su familia las aspiraciones definidas en su mandil –las joyas del espíritu– que trascienden los universos del legítimo yo y el de los mundos de la materia. Él y millones como él habían afrontado el compromiso de proponer un cambio social, un marco en que las relaciones entre los seres humanos estuvieran presididas por el derecho a la vida y a las seguridades de la misma; por el derecho a la libertad de conciencia, de cátedra y de culto; por el derecho a la libre expresión y difusión del pensamiento; por el derecho a una existencia digna y al trabajo; por el derecho a la inviolabilidad del domicilio y de la correspondencia; por el derecho a la escolarización en el marco de una enseñanza gratuita; por la separación de las Iglesias y el Estado; por la libertad de reunión, asociación y a la huelga pacífica; por la instauración de una justicia gratuita y la institución del trabajo; por el matrimonio civil y la igualdad de los hijos ante la ley; por extender el espíritu pacifista y la creación del servicio militar defensivo y voluntario; por la erradicación de la pena de muerte y por lograr el gobierno de los estados como expresión soberana de sus pueblos, ejercida mediante el sufragio universal.

Gran parte de lo que entonces eran meras aspiraciones son hoy reglas elementales que regulan nuestro marco social; otras siguen en las esferas de aquello que aun está pendiente y cuya consecución perseguimos quienes hemos heredado el uso del mandil que vestimos en nuestras ceremonias.

BARTOLOMEO MALAHORA
Respetable Logia Santiago Ramón y Cajal Número 35; en los Valles de Zaragoza